

ESPAÑA*EVANGÉLICA

AÑO XIV. — NÚM. 672

Madrid, 13 de Abril de 1933.

PRECIO: 20 CÉNTS.



(Cuadro de J. D. Empoist.)

GETSEMANÍ

Sobre el suelo prosternado,
en su espíritu angustiado
ved al santo Redentor.

Negra noche le circunda,
la tristeza su alma inunda,
que el conflicto es interior.

Cerca duermen los amigos,
y ni ayuda ni testigos
hay en lucha tan cruel.

Es perfecto, inmaculado;
y acongójale el pecado
que jamás cometió Él.

¿No es posible que de largo
pase cáliz tan amargo,
sin beberlo el Salvador?

De la culpa es el tributo...
Y Jesús el sustituto
quiere ser del pecador.

La salud nos asegura
ese cáliz de amargura
que bebió en Getsemaní.

Haz, Señor, que te adoremos,
y perfecta coloquemos
nuestra confianza en Ti.

J. B. CABRERA

JESÚS EN GETSEMANÍ

CONSIDERO que Getsemaní es para el creyente un manantial inagotable de experiencia y de consuelo. Pensando en este huerto, en el cual tanto sufrió nuestro bendito Salvador, podemos considerar mejor las penalidades de esta vida para sobrellevarlas con más oración y más resignación.

Recordemos brevemente las emocionantes escenas que se sucedieron en el Cenáculo antes que Jesús saliese para el huerto de Getsemaní.

Celebrada la cena, y tras ella el lavamiento de los pies de sus discípulos, Jesús, con sentimentalismo y emoción, tiene con ellos unas pláticas llenas de amor y de afecto. El contenido de éstas podemos leerlas en el Evangelio, según San Juan, capítulos XIV al XVI, y a continuación tenemos su afectuosa oración al Padre, cuyo conjunto llena el alma de consuelo.

Levántase luego de la mesa para dirigirse en compañía de los suyos al huerto de Getsemaní, su lugar predilecto de reposo y de recogimiento.

Alma ferviente, cálida en la oración, va a orar, va a fortalecerse, va a buscar en la soledad y en el silencio la ayuda que necesita para las horas cercanas de lucha y de dolor.

Aunque Hijo de Dios, su cuerpo desfallece momentáneamente en esta hora de gran angustia como otro mortal, pero hay en Él una naturaleza superior a la humana y esto le hará triunfar. Sin embargo, va a orar mientras llega la hora trágica que empieza con su aprehensión y culmina sobre la cruz en el Calvario.

Su angustia corporal debía de ser intensa, muy profunda. Conociendo en detalle y de antemano lo que había de pasar, produce en Él tal agonía, que su sudor era como una mezcla de sangre y de agua. ¿A qué comparar esta agonía?

Jesús busca refugio en la oración, se apresta con ella a la lucha titánica que se avecina, lucha que será dura y cruenta por tratarse de un enemigo terrible, con el cual ya luchó estando en el desierto al empezar su ministerio.

Allí, este enemigo fué derrotado y entonces «le dejó por un tiempo» en espera de otra oportunidad. Ésta es la postrera, ya no se le presentará otra. Ésta es también la más importante, pues se trata de impedir la obra grandiosa de la Redención de la Humanidad. Este huerto será el campo de batalla.

Dura, durísima debió de ser. Aquel grito angustioso de Jesús exclamando: «Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso...», ¿no es el grito desgarrador de un alma que lucha y que sufre? ¿No es acaso el efecto del dolor que producen los dardos lanzados contra Él? ¡Oh solemne momento! ¡Oh angustiosa situación! ¿Cómo describirla?

Jesús va, asimismo, a orar para soportar

la traición del falso amigo y el abandono de los otros. Mientras Él ora y sufre, el primero concierta con los enemigos el precio de su traición, y los demás... ¡duermen!

También tenemos aquí nuestras falsas amistades, nuestras veleidosas amistades, nuestras incomprensibles amistades. Es una parte de nuestro Getsemaní al que debemos de concurrir, como Jesús, para orar y para fortalecernos.

Previendo el futuro, va a orar para poder soportar todos los ultrajes: los salibazos inmundos y bofetadas sobre su divino rostro, las burlas, azotes, corona de espinas... La oración le fortalece. No hay duda que para sufrir con resignación tantas ofensas se necesita mucho fervor religioso y ser muy constante en la oración.

Jesús, orando en su Getsemaní, pide una sola cosa y ésta le es negada. Su petición dolorosa: «Padre mío, si es posible pase de mí este vaso», no es atendida. El que poco antes decía «Padre... quiero...» Juan XXVII, 24, ahora con voz quebrantada, con acento dolorido pide clemencia, pide favor, pide liberación del dolor y parece que no es atendido. Pero el Hijo obediente, habiendo reconocido inmediatamente su caso, como si fuese un mortal que ha reconocido su debilidad, reacciona en seguida para añadir... «mas no como yo quiero, sino como tú.» Y en esta angustiosa situación baja el ángel como si quisiese decirle: «La voluntad del Padre es la sumisión, porque tras esta sumisión sigue la Redención de la Humanidad, y esto es indispensable». Entonces el Hijo acata la voluntad del Padre y es confortado apurando el cáliz de la amargura hasta la última gota.

La oración permanente sufre su efecto como lo hizo siempre, y vemos ya desde este momento que Jesús resuelta y valerosamente está dispuesto para el sacrificio. Esto no quiere decir que jamás lo hubiese rehusado.

Turba el silencio de la noche allá en la lejanía, el murmullo de las huestes enemigas que se acercan. Judas, al frente de una numerosa cuadrilla provista de luces, palos y espadas, va en busca de Jesús, y Él, animoso, con el deseo de proteger a los suyos, se presenta al núcleo perseguidor para entregarse.

Jesús ya es fuerte, ya es lo que siempre fué, pues como Hijo de Dios no podía sucumbir a otra cosa, y cuando alguien trata de defenderlo oponiéndose a su aprehensión, Él le dice: «Vuelve tu espada a su lugar... ¿acaso piensas que no puedo orar a mi Padre y Él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, que así conviene que sea hecho?». Mateo XXVI, 52-54.

Jesús acepta el plan divino; rechazarlo equivaldría a rebelarse contra su Padre, aniquilar la obra de la Salvación y favorecer la obra de Satanás, al que hacía poco había derrotado y vencido definitivamente en cuanto a Él.

Jesús entró en el huerto acompañado de unos pocos amigos y sale de él casi sin ninguno; los más se han esfumado; sale de allí rodeado de muchos enemigos, vencido corporalmente, atado como un vulgar malhechor, pero la víctima inocente se ha ofrecido con espíritu abnegado para la salvación de la Humanidad.

El cuerpo vencido, humillado, pero está vibrando en su alma una potencia espiritual invencible que conscientemente le lleva al sacrificio de su vida por sumisión voluntaria y absoluta a la voluntad del Padre.

Tras la derrota, vendrá la victoria; tras el sufrimiento, el gozo del deber cumplido; tras el oprobio, la gloria, la exaltación suprema, y tras la muerte, la vida gloriosa y eterna.

Tras su prisión, nuestra libertad; tras su condenación, nuestro rescate, nuestra salvación.

Al huerto del dolor, sucedió el huerto de la alegría, el huerto de la victoria, del triunfo... ¡el huerto de la Resurrección! ¡Oh huerto de Getsemaní, símbolo de tragedia y de dolor, cuántas cosas no me recuerdas!

¡Cómo me enseñas y me animas! ¡El ejemplo del Maestro es sublime!

Hay fases en nuestra vida que se parecen al huerto de Getsemaní.

No rehusemos la copa enviada por el Padre; aceptémosla con reverencia y con sumisión.

Oremos en nuestro Getsemaní, Dios enviará su ángel para confortarnos.

Pedro INGLADA.

JESÚS, ATADO

... Prendieron a Jesús y le ataron.
San Juan, XVIII, 12.

LOS hijos de las tinieblas, en sus tenebrosas maquinaciones contra Jesús, acordaron utilizar la obscuridad, su arma favorita, para prender a aquél que por ser la luz del mundo les estorbaba. Y protegida por las sombras de la noche la turba, a cuyo frente va Judas, se dirige a Getsemaní, lugar consagrado por las oraciones de Jesús, para realizar la acción vil y cobarde de prender a aquellas horas y en aquel apartado lugar a un hombre que cuando hablaba a sus adversarios lo hacía en pleno día, enseñando en la sinagoga y en el templo, donde se juntaban todos los judíos. Mas a Jesús no le sorprende. Él mismo dice que aquélla era la hora de sus enemigos. Lo que le sorprendió fué que sus discípulos no hubiesen podido velar con Él una hora. Los hijos de la noche demostraron ser más activos que los hijos del día. Mientras aquéllos se daban prisa por cumplir su malvado propósito, éstos dormían ajenos al peligro que acechaba a su Maestro. ¡Profundo contraste entre la actividad desplegada por los hijos de perdición y la indiferencia manifestada por los hijos de luz!, con-

traste que durante la historia del Cristianismo se ha repetido a menudo, trayendo como consecuencia graves dificultades para la Iglesia de Cristo, por no haber sabido estar siempre alerta para sorprender los movimientos que contra ella hacía en la sombra el enemigo.

Despiértanse los discípulos al oír la voz de Jesús que les anuncia que la turba se acerca, y al levantarse con los ojos cargados de sueño presencian cómo Judas se adelanta a besar al Maestro y cómo la compañía y el tribuno y los ministros de los judíos, que a Judas seguían, echan mano a Jesús, le prenden y le atan. ¿Era realidad lo que veían, o era que seguían durmiendo y soñaban? No, no era sueño lo que veían, sino la cruda realidad; y ante la escena que presenciaban, en las mentes olvidadizas de los discípulos empieza a surgir como un fantasma aterrador el recuerdo de aquellas palabras que Jesús antes les había dicho y que ellos no habían comprendido: «El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres pecadores».

La turba se apodera de Jesús y le ata como si fuese un malhechor peligroso. ¡El Salvador es atado! ¡Atadas aquellas manos por las cuales había manifestado Jesús tantas veces su simpatía divina hacia la Humanidad descarriada! Aquellas manos que la multitud ciega amarró con crueldad eran las que se tendieron a Pedro para salvarle cuando se hundía en las aguas, eran las que se posaron sobre los niños para derramar sobre ellos la bendición celestial, eran las que tocaban los ojos de los ciegos para darles vista, las que tocaban al leproso y le limpiaban de la lepra, las que fueron puestas sobre muchos que tenían diversas enfermedades y fueron sanados, las que tocaron a la hija de Jairo y le dieron vida, las que momentos antes de ser atadas tocaron y sanaron la oreja del siervo del pontífice, a quien Pedro hirió con la espada. ¡Cuánto bien tenía que agradecer la Humanidad a aquellas manos! Sin embargo, la multitud feroz las amarra y Jesús sufre tal humillación. ¿No podía aquél que tenía poder para romper las ligaduras de la muerte romper también las ligaduras con que sus enemigos le ataron? Pudo haberlas roto; pero si hubiese usado su poder para librarse de ellas no nos hubiera librado a nosotros de las ligaduras del pecado.

Al meditar sobre la pasión de Jesús no nos olvidemos de contemplarle atado y pensemos cuán grande es la responsabilidad de aquellos que siendo esclavos del pecado amarran al Salvador que viene a libertarles.

Hoy Jesús no puede ser crucificado; pero puede ser atado. El mundo, de la manera en que hoy se encuentra, marcha precipitadamente hacia el abismo. Sólo Jesús puede contenerle, sólo Él puede cambiar el corazón del hombre para dar diferente rumbo a su vida, sólo Él con su poder transformador puede hacer que brote la planta del amor en los corazones

donde hasta ahora sólo han crecido los cardos del odio, sólo Él puede obrar tal maravilla. Pero recordemos que Jesús en su propia tierra no pudo hacer maravillas a causa de la incredulidad de los que le rodeaban. Aquella incredulidad le ataba. Así también la incredulidad de hoy le mantiene atado y le impide hacer todo el bien que Él desea. Sí, el mundo no cree en Él, ni le obedece, ni cumple sus mandamientos, y por lo tanto Él no puede darle aquella bendición que el cumplimiento de su voluntad trae consigo. Ante el malestar que reina en la sociedad poco podrá hacer Cristo por remediarlo mientras la incredulidad del mundo le tenga atado y no le dé por medio de la obediencia ocasión para que el Hijo de Dios pueda manifestar su potencia salvadora. ¡Humanidad ciega, que confiada en tus propias fuerzas tratas de salvarte del cieno en que estás caída y cada vez te hundes más! Cristo te tiende los brazos. Confía en ellos. Deja que ellos te saquen del lodo del pecado y te conduzcan por la senda de la vida. Entonces tu paz será perpetua. Pero si en vez de confiar en esos brazos los amarras con las ligaduras de la incredulidad, entonces abandona para siempre la esperanza de tu paz, pues habrás inutilizado con tu falta de fe el único medio para alcanzarla.

Mas no son sólo los incrédulos los que atan a Jesús. También el creyente le ata cuando deja de cumplir su deber como cristiano. En la lucha contra el mal queremos muchas veces que Cristo lo haga todo y olvidamos que nuestra misión es la de ser colaboradores suyos. Él cumple su parte, pero nosotros tenemos que cumplir la nuestra. Tenemos que sembrar la buena semilla y Cristo le dará el crecimiento; pero si no cumplimos nuestra misión de sembrarla, Cristo queda atado y no puede hacerla crecer.

La Iglesia, conjunto de creyentes, es un medio por el cual Cristo quiere bendecir al mundo. Cuando ella obedece a su Señor, éste obra maravillas por medio de ella; pero cuando deja de obedecerle, su Señor queda atado, y en este caso ella es la responsable de que Cristo no pueda proporcionar su ayuda a la Humanidad, que tanto la necesita.

Al pensar en aquella noche en que los hijos de las tinieblas ataron a Jesús en Getsemaní, el cristiano se emociona; pero debe estremecerse al pensar que él puede volverle a atar, pues realmente el cristiano amarra de nuevo las manos a Jesús cuando se conforma con decir ¡Señor! ¡Señor! pero no hace lo que su Señor le dice.

Miguel BLANCO FERRER.

El carácter especial de este número, y la anticipación con que tenemos que confeccionarlo, nos impelen hoy la «Información».

Ante el Misterio de la Cruz.

MISTERIO inefable y digno de la más profunda meditación! ¡La Cruz! palabra de «locura» para los que se pierden, pero de «potencia de Dios» para los que se salvan por la fe. Signo de maldición y castigo antes, símbolo de bendición y perdón ahora. La Cruz de Cristo es la cátedra más augusta de la Verdad, la expresión más sublime del Amor y la garantía más sólida del Bien, a que aspira la pobre Humanidad...

«Yo soy la Verdad», había dicho Jesús a sus discípulos, quienes en su pobreza espiritual, consecuencia del pecado, no habían todavía comprendido las enseñanzas del Sermón del Monte, de las parábolas, de tantas y tan luminosas predicaciones como el Maestro había dado para señalar el «camino de vida» a los hombres. «Yo para esto he nacido, dijo después a Pilato, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la Verdad...» Pero esta verdad, la suprema verdad, fué expuesta y sellada por Cristo en la Cruz, con toda la majestuosa grandeza y eficacia del sacrificio. Sus palabras en la Cruz, son el resumen más sublime, la síntesis más excelsa de toda la verdad que Cristo había aprendido de su eterno Padre y que, como nivelación completa y definitiva de la voluntad divina, dejaba a los hombres. El perdón de los enemigos; el cielo, ofrecido al pobre pecador contrito; el amor a los padres; la resignación sublimada ante los designios de Dios; el celo por la salvación de las almas; el deber cumplido y el entregarse en manos del Padre, son las cláusulas del testamento eterno de Cristo a los suyos, son las doctrinas cumbre del Maestro a sus discípulos, son la Verdad suprema que irradia sobre las tinieblas del Calvario, imagen de las obscuridades del alma pecadora, que ya podrá surgir a las inefables claridades en que se baña el alma redimida.

Cuando se medita en serio y con recogimiento en las palabras de Cristo en la Cruz, se comprenden todas las infinitas grandezas de Dios, toda su misericordiosa dispensación, el origen, misión y últimos destinos del hombre y todo cuanto necesitamos saber y hacer para ser algo de provecho en la tierra; se comprende, en fin, lo que no podíamos entender ni en la filosofía antigua, ni en las religiones paganas, ni en las concepciones más atrevidas de la humana sabiduría. Al pie de la Cruz de Cristo el misterio desaparece y la verdad llana brilla para iluminar nuestra senda, para dirigir nuestros pasos en la vida y para alentarnos en los momentos de duda, de vacilación o conflicto. Cristo en la Cruz, nos descubre *toda la verdad*; la verdad para saber de nuestra salvación propia y de la salvación de nuestros prójimos, la verdad para saber de nuestras necesidades sociales y del medio de satisfacerlas legítimamente; la verdad, en fin, para nuestra felicidad temporal y eterna.

Y quien, necio o soberbio, no quiera oír y aprender de Cristo en la Cruz, se quedará en supina ignorancia, aunque sepa mucho de ciencias físicas y sociales.

Pero el saber no basta; hay que sentir también, hay que amar y ser amado. Y no podemos sentir ni practicar el amor verdadero si no vamos a Cristo en la Cruz. «Nadie tiene mayor amor que éste, decía Jesús, que ponga alguno su vida por sus amigos...» Y nadie, sino Cristo, ha dado su vida, toda entera, sin reserva y en medio de los más atroces tormentos y de las mayores humillaciones, por los hombres, por todos los hombres. El justo por los injustos. El santo e inocente por los pecadores; el que jamás conoció pecado, haciéndose pecado delante de Dios para limpiar con su sangre bendita *todo pecado*. He aquí el misterio de la Cruz en toda su sublimidad. He aquí el amor de Dios, que de tal modo amó al mundo, «que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna». He aquí el amor de Cristo que, siendo infinitamente dichoso a la diestra de su Padre, como «resplandor de su gloria» y «figura de la substancia», descende a la tierra, se viste de nuestra pobre Naturaleza, se somete a todos los rigores, a todos los desprecios y hasta a la muerte más ignominiosa, como era la muerte de Cruz, y todo para salvarnos. Esto es el Amor por excelencia, el *Amor verdad*, y quien quiera amar y ser amado tiene que venir a la Cruz de Cristo, para aprender en la escuela del sacrificio y desposeerse del propio yo, sin lo cual ni hay amor ni se puede aspirar a disfrutarlo.

Pero lo sublime del Amor divino, manifestado en la Cruz, está en el ósculo eterno que se dan la justicia y la paz para realizar la redención. Porque el Dios justo exigía reparación por la ofensa que el pecado había infligido a su infinita majestad. No podía realizarse la reconciliación entre el cielo y la tierra, sin que la justicia divina quedase satisfecha. Y todos los sacrificios humanos que antes constituían la esencia de la religión eran insuficientes para esta satisfacción. Y aquí de lo sublime del amor divino, que quiere atraer hacia sí por amor al que por amor había criado. No encontrando en el mundo víctima digna con que satisfacer pudiera plenamente a la justicia ofendida, hace Dios de su propio Hijo la víctima propiciatoria y así «la justicia y la paz se abrazan» y la reconciliación de Dios con el hombre se verifica y volvemos a ser los hombres, por la Cruz de Cristo, *hijos de Dios y herederos de su reino*.

¡Bendita una y mil veces la eterna misericordia de Dios, que así nos hace ser amados y amar de verdad, por amor de quien tanto nos amó!

Y de la Verdad y el Amor nace el *Bien*, que es la felicidad a que nuestro pobre corazón aspira, que sólo encontrará al pie de la Cruz de Cristo.

Sí, aquel madero que fué siempre instrumento de suplicio y de infamia resulta hoy, por la gracia de Cristo, que en él nos redimió, el símbolo, más que símbolo, prenda y garantía de nuestro consuelo y de nuestro bien. El dolor ha sido siempre fecundo, merced al sacrificio de Cristo en la cruz, y cuantos han dado días de gloria y de gozo al mundo han tenido que empezar por sufrir. No hay Tabor sin Calvario; no viene al mundo un ser con vida sin el dolor de la madre, ni se goza de las ventajas de una civilización verdad sin los sacrificios, a veces cruentos, de los descubridores y reformadores.

¡Bendito el dolor, que purifica y eleva! ¡Bendita la Cruz en que Cristo murió para darnos vida y vida abundante a los que estábamos muertos por el pecado!

En la Cruz está el origen de nuestra felicidad. La Cruz es nuestro bien, porque es nuestra salvación.

Agustín ARENALES.

El Gozo de la Resurrección.

SE ha dicho, con razón, que la Resurrección de Cristo es el hecho más trascendental del Cristianismo, y aún pudiéramos añadir el más importante de toda la historia de la Humanidad, por cuanto, teniendo su origen en un plan divino, proyecta su influencia en el pasado y en el futuro, abarcando todos los tiempos y a todos los hombres.

Entendiéndolo así los cristianos primitivos, resumían su testimonio personal y colectivo en la afirmación de la Resurrección de Cristo, considerando este acontecimiento sobrenatural como base y fundamento de su fe, sobre el cual se asienta toda la esperanza presente y futura del creyente. El mismo Apóstol San Pablo dice repetidamente que si Cristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana, sin valor ni eficacia alguna para dar salvación, puesto que si bien Cristo fué muerto por nuestros pecados, es por su Resurrección que somos justificados delante de Dios.

Siendo, pues, la Resurrección de Cristo un hecho de tal importancia, bien podemos nosotros al recordarla dar expresión al gozo de nuestro corazón, afirmando con el Apóstol: «Mas ahora Cristo ha resucitado». Sí, efectivamente, «Cristo resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras», mas no queremos quedarnos solamente con esta afirmación absoluta que declara tan gloriosa verdad, sino que deseamos sacar las consecuencias que de ella se derivan, puesto que se nos dice que «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dió dones a los hombres», a todos, buenos y malos, si tales adjetivos nos son permitidos como término de comparación entre la conducta de unos y otros. A nosotros nos toca, como hacían los israelitas con el maná en el desierto, buscar cada mañana la porción de los «dones» que necesitamos para suplir nuestras necesidades del día.

Es innegable que vivimos en un mundo tan empobrecido en todos los sentidos,

que «todos gimen a una», sintiéndose miserables y desgraciados; un mundo donde toda esperanza parece condenada a morir apenas nacida, cual débil planta agostada por el ardiente bochorno del incierto porvenir. La vida, con sus realidades, nos demuestra a cada instante que estamos lejos de vivir en un paraíso y, sin embargo, el Cristo resucitado, «subiendo a lo alto...», dió dones a los hombres; los dones que Él sabía que habíamos de menester en el desierto árido de este mundo.

El Gozo de la Resurrección consiste precisamente para nosotros en que «como Cristo resucitó de los muertos...», así también nosotros andemos (vivamos) en novedad de vida». Dios no crea un mundo nuevo para cada individuo, pero transforma a cada individuo en un hombre nuevo. Es verdad que muchas veces hemos visto desaparecer delante de nosotros las dificultades temidas, como nubes que se desvanecen sin descargar la tempestad que nos amenazaba; pero en otras ocasiones pasamos por la prueba de ver cómo ésta se abate sobre nosotros con toda su furia, como si fuera a arrastrarnos a la desesperación. Es entonces cuando se manifiesta el verdadero Gozo de la Resurrección por medio de esa nueva vida interna, espiritual, que tenemos en virtud de la Resurrección de Cristo, experimentando los más dulces y consoladores goces del alma. La pesada carga que tal vez nos fatiga cada día no nos será quitada, ni aun siquiera aligerada; pero la certidumbre de que Cristo vive y que Él nos hará descansar, nos da mayor fuerza para llevarla fácilmente; la espina en la carne, cuyo dolor nos aflige sin cesar, no nos será siempre arrancada, mas gracia abundante nos es dada para que podamos soportarla con ánimo alegre; la enfermedad y la muerte visitan también nuestro hogar, mas en todas estas cosas hacemos más que vencer, no entristeciéndonos como «aquéllos que no tienen esperanza», esto es, los que no tienen el gozo de la Resurrección. Cristo Jesús, venciendo a la muerte, venció para nosotros cuanto pueda oponerse a nuestro gozo, de tal manera, que podamos gozarnos siempre en el Señor.

Los dones preciosos que Cristo nos procura, se traducen en descanso y paz para nuestras almas. No hay problema difícil que no tenga su solución divina, y por malo que nos parezca el presente, Dios siempre tiene algo mucho mejor en reserva para nuestro bien, porque Dios es amor. Por esto alzamos nuestros ojos arriba, donde está Cristo, de donde descende todo don perfecto, buscando nueva inspiración para nuestros deberes, nuevas fuerzas para llevar la carga, nuevo poder para sufrir, nueva fe para vencer y nueva gracia para vivir.

La Resurrección de Cristo implica nuestra propia resurrección, por lo cual, dejando en el sepulcro del pasado todos nuestros temores y angustias, gozemos plenamente del Gozo de la Resurrección que nos procura esta vida nueva que es nuestra: la vida nueva que hace nuevas todas las cosas viejas; la vida cuyo poder hace suave el dolor, dulces las lágrimas y fuerte al débil, la vida que vence al mundo y a sus males por la fe, convirtiéndolo para nosotros en florido vergel.

Ambrosio CELMA.

ESPAÑA EVANGÉLICA

Número suelto: VEINTE céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Beneficencia, núm. 18. / Teléfono 33.590
MADRID (4)

Dos años de República.

No es pequeño el aprieto en que me pone el querido hermano Cabrera al encargarme de hacer el balance ante el II aniversario de la República española, para los amables lectores de nuestra ESPAÑA EVANGÉLICA. Apolítico el periódico y apolítico el redactor, ¿cómo arreglarmelas para dar una impresión, por general que sea, sin rozar el terreno vedado de la política? Y optimista por naturaleza, además, ¿cómo hablar del presente de nuestra República, ocultando o disimulando los temores que inspira el horizonte, tan preñado de nubarrones?

En fin, saldremos del compromiso como Dios nos dé a entender, y el lector suplirá con su propia visión lo que nosotros no acertemos a reflejar.

¡Dos años de República! No es poco vivir en estos tiempos tan difíciles y en ésta nuestra amada nación, en que tan terribles enemigos le salieron al nuevo régimen, a los quince días de nacer. Recuérdese el ataque furibundo con que desde Mayo del 31 y siempre *in crescendo*, ha venido sufriendo la joven República española de parte de los extremistas, de derechas e izquierdas, quién sabe si confabulados; la innoble campaña derrota, sostenida y alentada desde aquí en la gran Prensa del Extranjero; el pavoroso problema económico, que si en otras partes reviste caracteres más agudos, aquí se ha agudizado por amañados retraimientos e intencionadas pasividades y, en fin, para colmo de dificultades, el actual antagonismo y rivalidad de elementos republicanos que debieran marchar unidos o, por lo menos, en plan de mutuo respeto, y pensando en todo esto, que tan poco favorece al natural desarrollo de un régimen naciente, dígasenos si no demuestra poderosa vitalidad nuestra joven República, sólo por el hecho de resistir ante tanto empuje violento estos veinticuatro meses.

Pero ha hecho más que resistir la República española, porque sobre arrollar, como ha ido arrollando al enemigo, en cada ataque fiero que le lanzaba, ha ido también legislando sin interrupción y estructurando un nuevo Estado sobre bases

CRÓNICA

sólidas, habiendo asombrado a todos esa labor tenaz de unas Cortes Constituyentes, que apenas si vacan en dieciocho meses largos de rudo pensar y discutir.

Y ahí está, aparte de otras innumerables leyes, que no es de nuestra incumbencia el examinar, lo que se ha legislado en materia religiosa y que nadie moverá ya, por muchas cosas que se puedan mover: separación de la Iglesia del Estado, supresión del presupuesto de Culto y Clero, implantación de la plena libertad de cultos, con sus secuelas obligadas, secularización de cementerios, matrimonio civil, laicismo en la enseñanza y en todas las dependencias del Estado, disolución de los jesuitas, etc. y, por último, el audaz proyecto de Ley de Confesiones y Asociaciones religiosas, ya casi aprobado.

¿Que en este camino se ha corrido muy de prisa? Tal vez; pero, precisamente, ello prueba la potente fuerza vital de una República que, al avanzar, no se detiene ni siquiera ante el coloso clerical, que se creía invulnerable y omnipotente en España, y quién sabe si en este ir demasiado lejos estriba el mayor éxito de la República española, que ha sabido así dar en la cabeza al enemigo, para poder luego, sin peligro, ceder en lo que sea conveniente.

Y nosotros, los evangélicos españoles, ¿qué pensaremos de estos dos primeros

años de República? ¿Estamos satisfechos de lo conseguido con el nuevo régimen? ¿Hemos sabido aprovechar bien la amplia libertad que nos ha otorgado la República?

¡Ojalá todos pudiéramos contestar afirmativamente a estas sencillas interrogantes! Pero tenemos que pensar en serio que podíamos y debíamos haber hecho mucho más, porque el caso es que los tiempos de ahora son de mucho correr, y el que no corre al compás del tiempo se queda atrás.

Han corrido los clericales a más no poder, reorganizándose y uniéndose y acoplándose al nuevo orden de cosas de un modo asombroso, digno de mejor causa. Están corriendo vertiginosamente los del otro lado, los enemigos de toda religión, aprovechándose a placer de la libertad completa que existe para toda propaganda oral y escrita.

Y nosotros, ¿seguimos ese ritmo acelerado que impone el tiempo que vivimos? Desgraciadamente, no... y no detallemos, porque no es discreto enterar al enemigo de nuestra deficiencia. Lo que importa es activarse más y ver de no quedar atrás en la marcha forzada a que nos vemos obligados. Lo que interesa es medir bien nuestra enorme responsabilidad, porque no en balde se nos conceden libertades, e ir de una vez a la conquista de las almas para el Evangelio santo, aunando elementos y voluntades y esfuerzos, sin reparar en obstáculos tradicionales ni en intereses creados, ni siquiera en la táctica de los «prudentes», de la de *paso lento, pero seguro*, porque cuando los de enfrente van de prisa, es tonto caminar despacio.

Que el II aniversario de la República española nos haga a los evangélicos españoles reflexionar concienzudamente y obrar en consecuencia, para que al llegar al tercero podamos contar más y mejores cosas de resultados obtenidos y triunfos logrados para la causa sacrosanta que Dios ha puesto en nuestras manos.

Que el Dios grande, por quien gobiernan los pueblos y decretan lo justo los legisladores, guíe y proteja a nuestra joven República, para que lleve a la paz y a la prosperidad a nuestra querida patria.

EL CURA DE ANTAÑO.

Alianza Evangélica Española

**Tercer Congreso
Evangélico Español.**

Mayo: 1934 - Madrid.

**Envíe usted sus sugerencias
a la Comisión de Iniciativas.**



Ayuntamiento de Madrid

LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA

ESPAÑA EVANGÉLICA ha pedido a los líderes españoles del movimiento evangélico español unas breves palabras sobre este asunto de tanta importancia, y he aquí ahora las respuestas que hemos recibido, y por cuyo envío nos sentimos profundamente reconocidos.

La cuestión religiosa es hoy de palpitante actualidad, y la República española ha desarrollado en este sentido una obra de gran mérito y digna de toda loa.

Antes del advenimiento de la República se dijo varias veces en el Parlamento, discutiendo sobre la libertad de conciencia, a causa de varios atropellos y arbitrariedades cometidas contra españoles disidentes de la religión del Estado, que en nuestra patria no existía el problema religioso.

Naturalmente, acaparada y monopolizada la libertad por la Iglesia romana, gozando ésta de todos los privilegios y prerrogativas que indebida e inmerecidamente le concedían los Gobiernos de la monarquía, no dejaba levantar cabeza a los que no pensaban como ella. Sintiendo dueña de la situación, por el apoyo de los Gobiernos, hacía y deshacía a su antojo, sin preocuparse en lo más mínimo del derecho que todo español tenía para la práctica y exposición de sus ideas.

Millares de veces los evangélicos y otros que no lo eran, tuvimos que sufrir toda clase de violencias y persecuciones por la intolerancia de esta Iglesia.

Felizmente, la República ha encontrado que el problema religioso existía y que debía de resolverse prontamente con justicia y equidad.

La República ha dado, en este sentido, un paso de gigante, estableciendo desde su instauración la libertad para el libre ejercicio de todas las ideas. Nadie se atrevía antes, por conveniencia o por cobardía, a abordar este espinoso asunto. Sería por esto que se decía: «En España no existe el problema religioso».

Hoy, como nueva era de justicia, progreso y libertad, podemos ver discutida en el parlamento «La Ley de Confesiones religiosas», que con tanta valentía defendió la mayoría de la Cámara.

Labor meritoria la que realiza la República y muy especialmente en la cuestión religiosa.

En lo que parecía antes una fortaleza indestructible, la República, con la cuña de su firmeza, abrió enorme brecha, y con la piqueta de la Justicia llegará a demolerla... en lo que esté fuera de la ley.

¡Viva la República española! — *Pedro Inglada. Barcelona.*

¿Mi parecer sobre la cuestión religiosa en la segunda República, y en una cuartilla solamente? Ahí va.

En esta revisión de valores que nuestra República viene realizando dos años ha, es evidente que ocupa su atención el sentimiento religioso de nuestro pueblo, sentimiento con solidez racial. Que no siempre ha enfocado su atención en un ambiente de concordialidad es cosa que se presta a discusión. Lo indiscutible es que la cuestión religiosa no se ha tratado de altura, bien lo demuestra el ritmo en la discusión de la Ley de Congregaciones en el Parlamento. Ni unas ni otras representaciones se han elevado mucho, el vuelo es bajo; los neos a ras de tierra.

Es lamentable la interpretación del término laicismo; callejón sin salida.

A pesar de todas las explicaciones dadas, la cuestión religiosa no se ha dirigido por un cauce que pudiera satisfacer a la nueva opinión y ser útil al estado republicano. La República, sus hombres, no han tenido una visión clara en estos momentos renovadores. Su atención debió de fijarse en una futura Iglesia española, fuera de la comunión papal, nada de discutir este o aquel aspecto del catolicismo romano; dar de mano a la cuestión Iglesia nacional, de constitución y disciplina española. La República hubiera tenido en esta Iglesia un firme puntal. — *Antonio J. Díaz. Zaragoza.*

Recibo del gerente de ESPAÑA EVANGÉLICA una petición que dice: «Envieme una cuartilla sobre «La cuestión religiosa en la segunda República» y tenga usted en cuenta que se trata de una sola cuartilla». ¡Gran asunto para tan limitado espacio!, pienso inmediatamente, porque efectivamente, el tema no es una frase hecha, sino que sigue siendo, con asombro de muchos, «una cuestión», lo que quiere decir «un problema»; problema que la segunda República pudo y debió resolver y no lo ha hecho.

Está en discusión parlamentaria una titulada Ley de Confesiones, de cuyo valor no nos daremos cuenta, probablemente, hasta que haya sido aprobada del todo, lo que viene a querer decir: cuando ya no haya lugar para corregir lo que deba ser corregido ni enmendar lo que enmienda necesite. Pero no es nada aventurado adelantarse la opinión de que dicha Ley sancionará los mismos privilegios de antes y mantendrá los planos de desigualdad antes conocidos; es decir, que seguirá habiendo «cuestión religiosa», ya se trate de segunda como de quinta República. Es vergonzoso, pero es la pura verdad, que llevamos ya dos años de República y la «cuestión religiosa» no sólo sigue en pie, sino acrecentada y agravada. El régimen republicano, desde su mismo nacimiento, ha padecido empacho de juridicidad, y los que somos padres ya sabemos, por experiencia, lo peligrosos que son los empa-

chos en los recién nacidos. ¡Pero, señor; con lo fácil y cómodo y lógico que hubiera sido que un Gobierno revolucionario — de querer merecer tal nombre — hubiera procedido desde el primer día de su vida actuando de una manera rápida y eficaz, desbrozando su camino de privilegios y pretendidos derechos que él no se encontraba en la obligación de respetar! Y no se diga que esto hubiera sido un atropello, pues hablo tan sólo de suprimir, o no hacer caso, de «privilegios» y «derechos no legítimos o mal justificados». Por el contrario, se está pactando y procurando contentar única y exclusivamente a los elementos interesados del romanismo católico, pretendiendo en tal forma llevar a buen puerto la titulada Ley de Confesiones; los disidentes, sean los que sean, éstos no cuentan. Tal cosa ni es democrática ni es justa; pero lo peor de todo es que el problema sigue en pie y la «cuestión religiosa» sigue siendo un punto flaco en la segunda República española. — *Elías B. Marqués. San Sebastián.*

La segunda República nos ha traído, con la separación de la Iglesia y el Estado — dos poderes que hasta aquí obraban en perpetuo maridaje —, leyes como la de la libertad de cultos, la secularización de los cementerios, la neutralidad de la escuela pública, la supresión del presupuesto eclesiástico, etc. Ha sido una hermosa conquista, llevada a cabo después de largas y cruentas luchas.

Sin embargo, los evangélicos españoles no podemos dormir sobre los laureles, porque ante nosotros se presenta una áspera pendiente, y ha de costar gran esfuerzo alcanzar la cima.

La corriente de indiferencia y excepticismo es más rápida hoy que hace algunos años, y parece que una gran parte del país va a ser absorbida por esta profunda vorágine.

Debemos trabajar intensamente por la extensión del conocimiento de la Palabra, para contrarrestar la propaganda anticristiana. Infundir la seguridad de que el Cristianismo no es un simple desenvolvimiento de la religión y de la moral, sino una revelación de cosas que no han subido al corazón del hombre; pues el mundo no ha conocido ni puede conocer a Dios por un gran desenvolvimiento de la inteligencia.

Si la verdad sobre Dios y sobre nosotros mismos no nos hubiera sido revelada, nos hubiera sido desconocida para siempre. Habrá, pues, una hostilidad permanente entre el cristiano y el hombre natural. A semejanza de un diálogo entre dos personas que hablan idioma diferente; o una asociación de dos individuos que sostienen diferentes principios y defienden intereses opuestos.

Tenemos necesidad de una religión nacional, de un sentimiento nacional sobre la religión, de una íntima correspondencia de la vida civil con la vida cristiana,

de una estrecha comunión de los ciudadanos con Dios, de una savia de fe esparcida en el cuerpo social. ¡Por la libertad a la unidad! — he aquí la divisa del Cristianismo —. Esta idea encierra todo un mundo. — *José Crespo*. Cartagena.

Esta segunda República, mejor servida que la anterior, se ha dado a sí misma una Constitución, y en ella ha abordado y cree haber resuelto la cuestión religiosa.

Todos los republicanos, los del 14 de Abril y los que lo éramos antes, estábamos plenamente convencidos de que una de las primeras obras de la República sería, sin duda, la separación de la Iglesia y el Estado y la disolución de las órdenes monásticas, especialmente las de varones. Los frailes (jesuitas y no jesuitas), no son bien vistos por una gran mayoría del pueblo español. No debieran llamarse a engaño los cavernícolas; ellos también saben esto, tan bien como nosotros. Es opinión mía: si por decreto, e inmediatamente después de su proclamación, la República hubiera expulsado a los frailes (no sólo disuelto las órdenes monásticas), se habría ahorrado la pérdida de tiempo que está causando la discusión del Proyecto de Confesiones y Congregaciones.

Esta cuestión, que nos afecta a nosotros en el pago de tributos y en la enseñanza, temo que va a quedar sin verdadera solución. Quedarán los mismos frailes en los mismos conventos, seguirán dedicándose a la enseñanza y quizá a la industria, no pagarán ninguna clase de tributos por sus templos y edificios, y no ocultarán sus intenciones contrarias al régimen republicano. En cambio, nosotros, que hemos edificado nuestros modestos templos con nuestro dinero y que venimos pagando contribuciones y toda clase de impuestos, seguiremos como estamos, sin que haya una voz en las Constituyentes que reclame un plano de igualdad, según propugna la Constitución de la República. Señores diputados: ¿Es esto justo? — *Daniel Regaliza*. Valencia.

Desde luego debemos felicitarnos nosotros, evangélicos, por el advenimiento de la República. Por ella han quedado satisfechas muchas de las aspiraciones que nunca hubiéramos conseguido por medio de la monarquía.

Han transcurrido dos años y han sido de verdadera emoción. El problema religioso se va resolviendo dentro de un espíritu de intransigencia en sus principios y a la vez generosa y tolerante en los procedimientos. La libertad de cultos y la separación de la Iglesia y el Estado son ya un hecho; cada cual puede profesar su fe con toda libertad; a la Iglesia, hasta ahora privilegiada y que se entrometía en los asuntos propios del Estado, éste le ha señalado el lugar que le corresponde, dándole los mismos derechos y deberes que a las demás confesiones religiosas.

Estas disposiciones, que consideramos muy justas, nos llevan a considerar la necesidad que tenemos de aprovechar los derechos que nos otorga la República, pues ahora tenemos mayor responsabilidad ante Dios y ante el país.

La libertad de propagar el Evangelio debe ser religiosamente aprovechada. — *José Capó*. Barcelona.

La segunda República ha afrontado con valor el problema religioso. Conocedores del terreno que pisaban y ansiosos por ver una España nueva, nuestros legisladores no han reparado en promulgar leyes que pueden parecer intolerantes desde otros países no dominados por el Catolicismo. Pero no es así. Creemos que al Gobierno le importaría poco que los ciudadanos de mañana salieran del convento-escuela hechos un ascua de fervor católico, si le cupiera la posibilidad de creer que no sentirían las mismas ansias por lucir una camisa azul.


La Iglesia Católica ha quedado todavía en una situación muy privilegiada frente de las organizaciones evangélicas. Sus limitaciones nos afectan en el mismo plano que a ella, y ciertos favores no nos llegan por haber sido despojados hace siglos, en beneficio de esta misma Iglesia, de lo que podría constituir el tesoro artístico nacional de las Iglesias protestantes.

Afortunadamente para los intereses generales de la religión, no existe en los elementos gubernamentales y cultos el sectarismo antirreligioso de que tanto se lamentan las derechas. Este sentimiento morboso se destaca más bien en el pueblo común como un defecto de educación, y en ciertos sectores extremistas que ven un enemigo en el que no piensa exactamente como ellos.

A veces nos imaginamos que la libertad religiosa nos ha venido demasiado tarde, cuando el pueblo ya no tiene interés por los asuntos espirituales.

Creemos, en efecto, que los resultados de esta libertad se habrían dejado ver de un modo más inmediato en la primera República, de haber ésta permanecido. El mundo entero era otro en aquel entonces, y el trabajo de evangelización se hacía más fácilmente en todos los países. Pero España no es antirreligiosa por convicción ni por imposición del Estado, sino por ignorancia y antipatía clerical. A la nueva generación que saldrá de las escuelas no le sabrá la religión a nauseabundo como a la actual, y en ella veremos, sin duda, los abundantes frutos que esperamos si sabemos presentarle el Evangelio según las necesidades del tiempo. No un nuevo Evangelio, sino el antiguo, con métodos nuevos y léxico nuevo. Esto es para nosotros otro problema de educación y de

Recomiende a sus amigos

 **ESPAÑA EVANGÉLICA**

abnegación apostólica. — *Samuel Vila*. Tarrasa.

La cuestión religiosa en la segunda República, con respecto a las leyes promulgadas sobre el particular, me parecen justas y magníficas. En pocos meses se ha puesto nuestra patria a la altura legislativa de los pueblos cultos y civilizados.

Enfocando el asunto bajo el aspecto moral y espiritual de las inquietudes que siente el pueblo, la cuestión religiosa es deplorable, es de indiferencia, es una tragedia espiritual que espanta, puesto que rápidamente se extiende en la conciencia española una insensata incredulidad que, cual mancha de aceite, invade todos los sectores de la vida ciudadana y aun a los valores morales más elevados y cultos. Éste es el fenómeno psíquico en las colectividades humanas, pues siempre que un pueblo ha gemido largo lapso de tiempo bajo el yugo ignominioso del servilismo, fanatismo e intolerancia, al romper esta triple cadena, no se queda en el término medio, sino que salta al polo opuesto. Es una ley fatal e inexorable que San Pablo expresa con estas palabras: «No os engañéis; Dios no puede ser burlado; que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará».

Entretanto, sincero cristiano, *ora et labora*. — *Manuel Borobia*. Valladolid.

=====

Jueves y Viernes Santo en las Iglesias de Madrid.

JUEVES SANTO

Iglesia de Beneficencia. — Seis de la tarde, culto de Comunión. Predicará el Rdo. Fernando Cabrera.

Iglesia de Calatrava. — Ocho de la noche, culto con predicación.

Iglesia de Noviciado. — Ocho de la noche, culto con predicación por el Rdo. Enrique Lindegaard.

Iglesia de Trafalgar. — Ocho de la noche: «La Crucifixión».

Capilla de Duque de Sexto, 6. — Ocho de la noche.

VIERNES SANTO

Iglesia de Noviciado. — Once de la mañana, culto y sermón sobre «Las siete palabras», por D. Adolfo Araujo.

Iglesia de Calatrava. — Once de la mañana, «El significado de la Cruz»; y ocho de la noche, «Las siete palabras».

Iglesia de Beneficencia. — Once de la mañana, oficio del día y sermón sobre «Las siete palabras» por el Dr. Juan Orts González. Seis de la tarde, oficio de pasión y sermón por el Rdo. Cabrera sobre «El triunfo de la Cruz» Miserere.

Iglesia de Trafalgar. — Ocho de la noche: «Las siete palabras».

Capilla de Duque de Sexto. — Ocho de la noche.

NOTAS BREVES

Hemos tenido el gusto de ver en ésta, y a su paso para Andalucía, al Sr. C. H. Plug, del Comité holandés. Le agradecemos sus saludos cordialmente.

— Ha llegado con su familia el Dr. Juan Orts González, el cual va a establecerse, por ahora, en Madrid. Nuestra cordialísima bienvenida.

— *Iglesia Española Reformada, Valladolid.* — El día 2 del presente mes falleció D.^a Estefanía Ramírez Martín, a la edad de ochenta y cuatro años. El sepelio tuvo lugar al día siguiente en el Cementerio Municipal. Nuestra simpatía con los que lloran.

— *Iglesia Española Reformada, Cigales.* — El día 3 del actual, durmió en el Señor, a la edad de setenta y cinco años, D.^a Isabel Velasco. El sepelio se celebró al día siguiente. Nuestra sincera condolencia.

— *Iglesia Bautista, Alicante.* — La familia de doña María Mora pasa por la prueba de haber visto morir a su madre D.^a María Bernabeu. En el acto del sepelio dirigió la palabra D. Antonio Sanchis, pastor de la Iglesia. Les acompañamos en su dolor.

— *Iglesia de Sans, Barcelona.* — El día 12 del pasado durmió en el Señor D. Antonio Aroca, a los setenta y dos años de edad. Los cultos en la casa y en el cementerio fueron muy concurridos. Nuestra sincera simpatía a su querida familia.

— *Iglesia Evangélica Española, Málaga.* — El día 13 de Mayo recibió cristiana sepultura la niña Noemi Gutiérrez Díaz, hija del pastor de esta Iglesia, D. Claudio Gutiérrez Marín y de D.^a Natividad Díaz Yepes. Ofició en el cementerio el Rdo. José Plimintel, pastor de la Iglesia Reformada de esta capital.

El día 17 del actual falleció D. Enrique Rodríguez Blanco, a los setenta y un años de edad. El entierro, efectuado al día siguiente, constituyó una buena manifestación de duelo, figurando entre la concurrencia representaciones de la Iglesia Evangélica Española, a la que pertenecía el finado y de la que era tesorero; de la Iglesia Española Reformada, el Esfuerzo Cristiano, Unión Cristiana y Agrupación Femenina y un considerable número de antiguos discípulos. El servicio religioso estuvo a cargo del pastor de la Iglesia, Rdo. Claudio Gutiérrez Marín, quien ofició en la casa mortuoria y en el cementerio. También tomó parte activa en el sepelio, dirigiendo las oraciones, el Rdo. José Plimintel Vega, pastor de la Iglesia Reformada.

PRO "ESPAÑA EVANGÉLICA"

Algunos suscriptores que han añadido alguna "cosita" al importe de la suscripción:

	Pesetas.
Pascual Sotos, Albacete	5,—
Francisco Díez, Chally	3,—
Lorenzo García, Proaza	2,—
Francisco Elbaile, Lalueza	4,—

Para el Nuevo Testamento con notas.

Hemos recibido y entregado a D. Teodoro Fliedner las siguientes cantidades:

Antonio R. Gómez, Castrogonzalo, 2,65 pesetas;
Herminda Rodríguez, Madrid, 4.

El próximo número de **ESPAÑA EVANGÉLICA** se publicará, Dios mediante, el **jueves 27 del actual.**

NOVELITAS HISTÓRICAS

La pequeña Sta. Bárbara
o el
mensaje del reloj solar.

Por **M. E. Markham.**

Una historia de los tiempos de la reina María de Inglaterra, la esposa de Felipe II, que persiguió cruelmente a los protestantes.

Los ladrones del tesoro.

Por **D. S. Battley.**

Los ladrones son un niño y una niña, y el tesoro es un paquete de Nuevos Testamentos, introducidos en Inglaterra cuando era allí tan peligroso leerlos como en España.

Publicaciones de la «Tipografía Aurora», de Colombia.

Precio de cada novelita: **UNA** pta.

Pídase a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

Conversaciones
con los
adventistas

Por **Walter Manuel Montano.**

El autor es pastor de la Iglesia Evangélica Peruana, de Lima, elocuente predicador y escritor. Hace en este libro un estudio de las doctrinas adventistas, no sólo de las más generalmente conocidas, como la observancia del Sábado, sino de otras que afectan más seriamente a la esencia del = Evangelio de nuestra salud. =

Precio: **UNA** peseta.

Pídase a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

¡LIQUIDACIÓN!

Por sólo **TRES PESETAS**
REMITIREMOS

certificado y franco de porte, este lote
de 60 tratados (todos diferentes).

A los cristianos evangélicos aislados en las ciudades y aldeas.
¿A quién me dirigiré?
Las aflicciones.
¡Ahora, ahora!
El amigo de los españoles.
Antiguos reformistas. (Porciones escogidas de las obras del Dr. Juan Pérez.)
Apología Evangélica.
Ateísmo.
Ateo.
Baluarte evangélico.
La Biblia subrayada.
La Biblia, sus amigos y sus enemigos.
La Biblia y el pueblo.
La blasfemia.
El camino de la vida eterna, explicado.
¿Cómo se perdonan los pecados?
Consejos y advertencias a los jóvenes cristianos.
Consejos y advertencias a las jóvenes cristianas.
Correspondencia familiar sobre religión.
Cosas que cualquier hombre puede descubrir.
Cristianismo y Librepensamiento.
Cristo entre vosotros. (Con motivo del Congreso Eucarístico.)
Cuando uno se muere, todo se acabó.
El culto a las imágenes.
El culto evangélico.
Dios.
Dios es Amor.
Dios te ama.
Dos lechos de muerte.
Dos soldados americanos.
Dos vidas perdidas.
¿Es María madre de los hombres?
¿Eres cristiano?
La Fe o la Desesperación. (Pascal o Renan.)
Índice de los Cuatro Evangelios.
Jesucristo.
Los juegos de azar.
Liberales, ¡a defenderse!
Libertad y responsabilidad.
Lidia y Ester, o los caminos del Señor son maravillosos.
¡No he hecho mal a nadie!
¿Oras tú en secreto?
La oración de una fregoncilla.
Palabras sencillas.
Panteísmo.
La Pasión, Muerte, Sepultura y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. (Según el P. Scio.)
Pero, ¿existe de veras el purgatorio?
¿Por qué?
La Santa Biblia.
¿Se ha verificado el enganche?
La serpiente de metal.
Servirá para encender mi pipa.
El significado de una palabra. (Folleto perseguido por la Dictadura.)
Los toros.
Un esclavo de las Antillas.
Un hebreo buscando la sangre de la expiación.
El verdadero fundamento de la paz.
La vida cristiana con respecto a Dios, a los hombres y a la Iglesia.
¡Viva la libertad de conciencia!
La vuelta de una pródiga.

NOTA: Durante esta liquidación serviré a las Repúblicas americanas tres de estos paquetes por sólo un **DOLAR ORO**

Pedidos a **D. JUAN FLIEDNER**
Calatrava, 27. - MADRID (5)